

LA ALHAMBRA.—GONZALO DE CÓRDOBA.—EL CID.¹

PORQUE TAMBIEN PARA EL SEPULCRO HAY MUERTE!

ha dicho Quevedo en uno de sus sonetos. Y era Quevedo génio muy profundo, y poeta de muy graves inspiraciones.

Hay, en efecto, tambien muerte para las tumbas, aun para las más gloriosas, para las más magníficas y colorales. Los sepulcros gigantescos de los egipcios quedan; pero los nombres de sus huéspedes han desaparecido.

¿Dónde están los antiguos monarcas del Asia, los que levantaban inmensas moles para perpetuar su memoria; aquellos grandes y Príncipes de la tierra que, segun la expresion de Job, *ædificabant sibi solitudines*; los Ninos, las Semíramis, los Sardanápulos, los Ciro, ¿dónde están? ¿Dónde están los guerreros de Ilión, los semi-dioses de la Grecia; Priamo y sus cincuenta hijos? ¿Dónde están Jerjes y Leonidas, Temístocles y Aristides, Darío despues, y el grande Alejandro, y Aníbal, y César, y Pirro?... ¿Qué se han hecho?

Los inmortales génios de las artes tambien han desaparecido. Homero y Eurípides, y Demóstenes, y Aristóteles, y Ciceron reposan ignorados. La muerte ha pa-

¹ De EL HERALDO, periódico político, que se publicaba en 1842.

sado su guadaña sobre todas esas cenizas, sobre sus osamentas sagradas. Veinte, treinta siglos, ochenta, cien generaciones.... y nada queda ya de sus restos! Esas generaciones son como los años de la vida natural de esos sepulcros.

Pero, á lo ménos.... la vivieron! Si la Providencia puso un límite y señaló una duracion á los monumentos de los hombres, monumentos hay que han cumplido sobre la haz de la tierra los días que les fueron contados para memoria ó para enseñanza de las generaciones. Pasaron, como los pueblos que los dieron ser y renombre; pasaron, con la influencia de las acciones ó de las obras á que habia presidido su génio, con las religiones que habian consagrado sus tumbas. Desaparecieron aquellos restos cuando llegaron tiempos en que pudieran ser profanados ó escarnecidos.

Pero vinieron tambien horribles períodos, en que así como la muerte entregó á los hombres su guadaña, para que segara en ciernes una mies verde todavía de existencias floridas y de generaciones lozanas, cedió á su vez el tiempo su hoz para que no quedaran de esas generaciones proscritas, *ni aun las piedras que de ellas se escribieron*, y que no habian criado musgo. Á la aparicion de esos períodos de cataclismo, en que para variar la superficie del mundo físico y las relaciones del mundo moral, era preciso acelerar la vida de los hombres, correspondieron siempre fenómenos necesarios para extinguir tambien los monumentos, y romper así la cadena de las tradiciones que conservan las sociedades.

Los medios de la Providencia no fueron siempre iguales, ni los ejecutores de sus terribles decretos llevaron siempre unos mismos nombres. Á veces anunciaron re-

suelatamente su mision y su destino; otras le encubrieron bajo formas de hipócrita falsía. Á veces fueron las guerras y las leyes; á veces, las revoluciones. Llamáronse unas veces bárbaros; diéronse á sí mismos el título de *azote de Dios*: otras se anunciaron como reformadores y filósofos. Eran en unos siglos godos, hunnos, vándalos, turcos: llamábanse Alaricos, Atilas, Gensericos, Otman, Timur. Despues se apellidaron jacobinos, demócratas: eran Marat, eran Saint-Just, eran Robespierre y Danton, y Santerre, y Carrier, los nombres de los nuevos destructores, de los que cubrian la tierra de cadáveres, y desenterraban los sepulcros; de los que abrian fosos inmensos para millares de víctimas, y desalojaban de sus muertos las catacumbas de Roma ó de Paris; de los que arrasaban la costa de África, ó las márgenes del Loira ó del Ródano: de los que esparcian al viento las cenizas de los emperadores romanos, y convertian en establos los templos de los dioses: ó de los que hozaron como hienas el panteon de San Dionisio, y arrojaron en un muladar los restos de Luis XIV y de Catalina de Médicis.

Nuestra nacion no podia quedar exenta de esta ley, ni dejar de reproducirse entre nosotros el fenómeno que ha acompañado siempre á todas las revoluciones, como coinciden las tempestades del mar y de la atmósfera con la explosion de los volcanes y con las sacudidas de los terremotos.

Cuando se dió entre nosotros la señal de la revolucion, empezó la época del vandalismo. Brilló como un fugaz relámpago la matanza, y se oye todavía un sordo trueno de demolicion que no cesa. Las eminencias sociales han caido: preciso es que caigan tambien las piedras que se elevan. Los castillos feudales se habian desmoronado ya,

cuando los nobles se hicieron cortesanos. Las catedrales van faltando ahora, como los Obispos.

Los hombres más eminentes han emigrado á tierras extrañas, como los magníficos cuadros han sido vendidos al extranjero. Los gigantescos monasterios, las torres maravillosas, los colosales campanarios, los afligranados chapiteles se rajan, y se hunden y se derriban, y se destechan por todas partes, como las instituciones. Los piadosos cruceros, los pilares históricos, los tradicionales rayos, son arrancados como padrones de infamia; y gracias cuando un magnífico claustro se conserva para cuartel, ó cuando á la venerable soledad donde murió Carlos I, el grande Emperador, le cabe el destino de ser una hilandería de sedas!

La revolucion gana más terreno todavía en esas mansiones solitarias, donde no luchan con ella las fuerzas de la vida. Siquiera los hombres combaten, y las instituciones resisten; pero los monumentos ceden..... y los muertos no se levantan! Para derribar una cúpula no es preciso ser arquitecto; y tal se atreve á manosear las reliquias de un héroe, que no fuera capaz de mirarle en vida cara á cara.

Pero es triste y doloroso,—por más que sea fatal!—el hecho á que aludimos, y el sistema de barbárie que revelamos. Es horrible de ver ese espíritu de vandalismo y de profanacion, por la razon misma que dejamos consignada; porque cuando los ultrajes no se pueden rechazar ni castigar, á la intencion de la maldad acompaña la vileza de la cobardía.

Todos los séres débiles son sagrados. La sociedad ha tomado siempre bajo su proteccion á los niños, á las mujeres y á los ancianos. Sobre los muertos han tendido su manto todas las religiones; para que cuando les faltase

la memoria de los hombres, los amparase la presencia de Dios. La Religion cristiana, plantando su cruz sobre las tumbas, habia confiado al ángel de la muerte el depósito que no era bastante á guardar el génio de la gloria.

Por eso, cuando se ofrecen á nuestros ojos las tristes profanaciones de que somos testigos, no sólo lloramos porque vemos eclipsarse sobre nuestro horizonte el último crepúsculo de la gloria; sinó porque nos parece que la Religion nos abandona. Á cada golpe de piqueta, á cada choque del martillo, á cada estallido de techo que cae, ó de piedra sepulcral que se arranca, nos parece oír aquella tristísima voz que gritaba un dia al mundo pagano: «¡Los dioses se van!»

Esas antiguas obras, esas vetustas piedras son como los edificios de las generaciones que nos precedieron, como las señales y mojones del camino de la humanidad, que va andando delante de nosotros. Al arrancarlas y demolerlas, conviértese en solar ruinoso, y en desierto sin huellas ese camino. Destruyendo esos monumentos, rompemos con lo pasado, y vamos solos, vamos nosotros los primeros; como van los salvajes, como van los pueblos bárbaros por sus páramos, sin recuerdos, sin nombre, sin pasado! Esa renovacion de los destructores de lo antiguo, es para los pueblos como sería para un hombre quedarse de repente sin memoria; sin memoria de cabeza, ni de corazon; sin idéas y sin afectos.

¿Qué es España sin esos recuerdos históricos, sin esas religiosas tradiciones? ¿Qué somos hoy nosotros, — nosotros más que pueblo alguno, — nosotros, que más que por lo presente, pertenecemos á Europa, y á la civilizacion por lo pasado? La historia de nuestros dias puede explicarse sin España. La historia de los períodos que prece-

dieron, no existe sin nuestros sucesos y sin nuestras armas; sin nuestra Religion y nuestros libros. ¿Qué es España sin el Cid y San Fernando? ¿Qué la Europa, sin Gonzalo de Córdoba, Cárlos V y Felipe II? ¿Qué es la civilizacion sin la América? ¿Qué es la literatura de la Edad media sin los árabes; la literatura moderna, sin Calderon y Cervantes?

¿Y qué nos queda hoy de todos esos sucesos y de todos esos grandes hombres? Sus reinos y sus conquistas las perdimos. Ya no mandamos en Méjico, ni en los Andes, ni en el Escalda, ni á los piés del Vesubio. De todas esas tierras y naciones, de todos esos períodos de esplendor y de grandeza, no nos quedan más que unos nombres y unas letras y unos huesos, unos palacios abandonados que se desmoronan, unos lienzos que se venden, unos sepulcros que se van quedando vacíos.

Y no nos lamentamos de un hecho supuesto, no. Pudiéramos citar infinitos é inmediatos, que tejieran una crónica espantosa de vandalismo y de profanaciones. Sería horrible el cuadro que presentáramos. Preguntad á Sevilla, preguntad á Granada, preguntad á Córdoba y á Búrgos; al Escorial y á Simancas; á Guadalupe y á Sobrado; á Santiago y Oviedo; á Valladolid, y á Valencia, y al mismo Madrid, á la capital misma de la monarquía. Registrad todos esos memorables archivos, todos esos panteones ilustres, buscad esos gloriosos letreros, esas venerandas antiguallas, esos nobles pergaminos, esas feudales armaduras. Penetrad en esos templos góticos, en esos alcázares árabes, bajo esos arcos romanos; y decidnos luego dónde ha amontonado más ruinas, y atesorado más sacrilegios la revolucion que nos gangrena, si al aire libre de la sociedad y de la política, ó en esos asi-

los retirados de veneracion y de respeto, en esos santos lugares de gloria y de grandeza, de religion y de poesia.

No los enumerarémolos todos: no es posible: no tienen número ni cuento. Hoy sólo señalaremos tres; tres cosas que representan tres períodos de la historia de nuestra nacion: la historia de Castilla, la dominacion árabe, la monarquía española de los Reyes Católicos; el Cid, los Reyes de Granada, el Gran Capitan.

Estos tres grandes nombres están representados en tres grandes edificios. El Cid reposaba en San Pedro de Cardena: de los Reyes moros quedaba la Alhambra: los restos de Gonzalo de Córdoba se veneraban en San Gerónimo de Granada. ¡Buscad al Cid en su Monasterio, en su panteon venerando!.... ¡Buscad á Gonzalo de Córdoba en el magnífico mausoleo que su Esposa le hizo labrar!.... ¡Buscad en la Alhambra las maravillas de los árabes!.... ¡Os asombraréis..... os horrorizaréis!

«¡La Alhambra! ¡La Alhambra! *Le Palais des Génies*,» hace poco que exclamaba en un arrebato de entusiasmo un poeta extranjero: la Alhambra, Palacio de las Hadas, mansion de encantos, consagrada por la historia y por la poesia, como una creacion fantástica de los cuentos orientales; la Alhambra va á desaparecer, ya que no bajo la piqueta de los demolidores, á impulsos del espíritu renovador de una restauracion sacrilega. Hace poco que insertamos en nuestras columnas la exposicion que con este motivo dirigió al Gobierno la Academia de Nobles Artes de Granada.

«Triste es, decian, triste es en verdad, y mengua para los amantes de nuestra gloria, el ver desaparecer una por una las preciosidades artísticas de la Alhambra, que la constituian un tipo único en las bellas artes de su época.

Inútil será dentro de poco tiempo buscar aquellos preciosos fragmentos de las miniaturas de oro y azul en aquellos colores que resaltaban en los mármoles de sus columnas, en la exquisita lacería de sus techos; porque ó han desaparecido á fuerza del rudo asperon, ó se han cubierto bajo una grosera costra de pintura al óleo!! La precision y exactitud de las formas en las aristas y relieves, ha perecido por este medio bárbaro de limpiar los mármoles.

«Tal es el deplorable cuadro que actualmente presenta ya la fuente de los Leones, rareza artística conocida por todo el mundo, y el admirable Laberinto que forman las columnas de su patio: mutiladas las superficies esferoidales de la fuente, desportilladas las esquinas y perfiles de la inscripcion de alrededor, borrados sus lazos y nexos y perdidos sus contornos: el ignorante cincel del cantero ha desfigurado los ojos de los leones, haciéndolos mas profundos. El mismo deterioro sufren la mayor parte de las columnas del patio en los delicados collarinos de sus fustes hechos á torno, en las inscripciones y hojas de sus chapiteles, en los vestigios de sus caprichosas miniaturas; é igual suerte han corrido las columnas y techos de la galería alta del patio del estanque.»

Si son fundados estos temores, si son ciertos estos cargos que no se han refutado todavía, nosotros clamaríamos porque no se detuviera la accion del tiempo, de la inclemencia y de la soledad. Pediríamos que se abandonara la Alhambra, para que por su propio peso viniera al suelo, ó para que los vaivenes de un terremoto la hundieran. Las ruinas, á lo menos, son grandes, son bellas, son poéticas. Las restauraciones son sacrilegios impíos.—

Trazó á principios del siglo XVI el gran arquitecto y

escultor admirable D. Diego de Silva la grandiosa fábrica del monasterio de San Gerónimo, por orden de los Reyes Católicos; y llegados los muros á cierta altura, en tiempo de Carlos V, la Duquesa de Terranova, viuda de Gonzalo de Córdoba, pidió al Emperador el edificio.

Hízola donacion de él el magnánimo Carlos, y concluido el templo á expensas de la ilustre Matrona, fué depositado en él su Esposo en un gran sepulcro, á la entrada de su soberbia Capilla Mayor. Allí durmió tranquilo largos años; allí descansó de sus hercúleas empresas el héroe de Ceriñola y del Garellano. Allí recibió por siglos el homenaje de admiracion y respeto de la posteridad. Aquel templo era su pirámide y su castillo, ya que las almenas de Aguilar habian sido demolidas. En aquel recinto debian haber dado fin sus persecuciones. Pues allí —¡oh mengua!— osaron insultarle muerto los que no pudieron vencerle vivo!....

¡Entrad hoy allí..... y aterraos! El templo suntuoso ha sido desmantelado; los mármoles que decoraban sus altares, han desaparecido. Las paredes están desconchadas; las cornisas y filetes desportillados. La yerba crece por sus derruidos techos, y el agua del cielo cae dentro en copiosos raudales de anchas goteras. Pero mirad el sepulcro: su losa se ha roto; la trompeta del vandalismo del siglo ha sonado para ella ántes que la del Ángel del juicio final. El Gran Capitan no existe allí: nada se sabe de su paradero..... ¡Le han robado!.... ¡Le han desterrado de su última morada!....

El cabello se nos eriza, y la pluma se cae de nuestras manos al anunciar este hecho horrible! Cuando hasta tal punto han desaparecido el sentimiento de la gloria y la veneracion del heroismo, mucho debemos temer por la suer-

te del país. Mas vosotros, los de la seguridad individual de los vivos..... ¿en nada teneis la seguridad de los muertos? ¿Los restos de los muertos no tienen garantías en vuestras cartas constitucionales? Pero qué, ¿las tienen por ventura los héroes vivos? ¿Qué mucho que hayais dejado desenterrar al GRAN GONZALO, vosotros, los que habeis ajusticiado á LEON?

Y el CID tambien, el semi-dios de la epopeya española, la gran figura de nuestra historia, el personaje de tantos romances y de tanta tragedia, la personificacion de todas las grandezas y de todas las virtudes de los tiempos caballerescos, el Cid reposaba de tiempo inmemorial en San Pedro de Cardaña. ¡Y se han atrevido á remover sus cenizas! Nosotros —si, por desdicha, tal hiciéramos— hubiéramos temido que por segunda vez echara mano á su espada el gran Rodrigo, ó que se hubieran desplomado sobre nuestras cabezas, para estorbar tamaña profanacion, las paredes del viejo monasterio. Dicen que se desmoronaba; que aquel memorable santuario amenazaba ruina, y han querido disculpar un sacrilegio con otro mayor.

¡Y qué! ¿Qué importaba que San Pedro de Cardaña viniera al suelo sobre la losa del héroe? Aquel monton de piedras y de ruinas hubiera sido todo él su tumba. ¿Por ventura no lo es todavía? ¿Por ventura son árbitros los hombres de mudar así, á su antojo, el lugar de los recuerdos, que han consagrado tantos siglos y tantas generaciones? ¿Son acaso la tumba del Cid los cinco piés de tierra, que puede ocupar su descarnado esqueleto? No: su sepulcro es San Pedro de Cardaña; aquel vetusto edificio no es otra cosa ya. Sus cenizas podrán estar donde quiera; su memoria está allí. Allí le ha enterrado la Religion, allí le han custodiado los siglos. Allí está su sombra, allí

queda, debajo de aquellos techos ruinosos, al abrigo de aquellos pilares enmohecidos, de aquellos paredones musgosos y cárdenos. ¡Qué importan sus huesos? ¡Dónde encontrarán tumba para ellos!.... ¡Los vándalos que los han profanado, los han depositado en una caja en la casa de Ayuntamiento de Búrgos!

¡En el Ayuntamiento!.... ¡Allí donde se han hecho revoluciones y juntas, allí donde se violaron juramentos, y se execró el nombre de una Reina, allí está el Cid; el Cid, leal hasta el martirio, vasallo hasta el heroísmo de la obediencia; el Cid, que mató al Padre de su adorada, por honor, pero que jamás alzó su mano contra el Rey que le ofendía; el Cid, que en medio de sus fabulosas conquistas, sufrió con resignación sublime la persecución y el destierro con que fueron premiadas; el Cid.... trasladado al lugar donde la ingratitud violó á la faz del cielo los más sagrados empeños! ¡El retador de Zamora conducido ahora en hombros de los modernos Vellidos! Á nosotros se nos representa murmurando todavía aquellas solemnes palabras del romance:

Muchos daños han venido
Por los Reyes que se ausentan,
Que apenas han calentado
La corona en la cabeza....

Pedimos remedio contra tanto escándalo; alzamos un gemido de indignación dolorosa contra la manía de estas profanaciones. Para nosotros son el síntoma más horrible del siglo en que vivimos, de la época revolucionaria que atravesamos ¹.

¹ No queremos defraudar á nuestros lectores de algunas noticias respecto á este célebre Monasterio de San Pedro de Cardaña, que creemos hubieran sido gratas á su elocuente defensor.

En 7 de Febrero de 1864 se puso á disposición del Emmo. Cardenal

Y no se nos arguya, en justificación de algunos de estos hechos, con el ejemplo de los ilustrados franceses, que han ido á desenterrar de Santa Elena el cadáver de Napoleón. Nosotros también condenamos este hecho. No vacilamos en decirlo: Napoleón debía quedar en Santa Elena. Aquella era su tumba digna, su tumba poética, su tumba grandiosa. La Providencia se la había dado. Eleven en las orillas del Sena á Bonaparte el templo más suntuoso: siempre será un rincón de una ciudad, una tumba más, entre otras muchas tumbas. Santa Elena, en medio del mar, separada del mundo entero por centenares de leguas, no era más que el sepulcro del gran guerrero!

¡Magnífico, grandioso, incomparable sepulcro, una ro-

D. Fernando de la Puente, Arzobispo de Búrgos, este venerando edificio. La entrega se hizo á virtud de reclamación del Prelado, y la Real orden se halla concebida en estos términos:

«Enterada la Reina (Q. D. G.) de la comunicación en que el M. Rdo. Cardenal Arzobispo de Búrgos hace presente la conveniencia de que se exceptúen de la permutación convenida con la Santa Sede, la Iglesia y Monasterio de San Pedro de Cardaña, sitos á dos leguas de aquella ciudad, con el fin de abrir al culto la primera, y destinar el segundo á Casa-corrección de Sacerdotes, conservándose así tan célebre y memorable edificio; y considerando que por el art. 6.º del último convenio celebrado con la Santa Sede, se exceptúan de la permutación los edificios que se hallen destinados, ó se destinen, entre otros objetos, á casas de corrección ó cárceles eclesiásticas, S. M., de conformidad con lo propuesto por S. Emma., se ha servido declarar exceptuados de la permutación la Iglesia y Monasterio de San Pedro de Cardaña, según desea el dicho Prelado.

De Real orden lo digo á V. Illma. para su inteligencia y efectos oportunos. Madrid 7 de Febrero de 1864.—TRÚPITA.—Señor Director General de Propiedades y Derechos del Estado.»

El Prelado trasladándose á Cardaña inmediatamente, ordenó su reparación, y el establecimiento de la reclusión mencionada, cuya dirección, así como la custodia del edificio, encargó al P. Fr. Millan Sevilla, antiguo monje de aquella Casa.

Nosotros la hemos visitado con veneración suma, y la hemos hallado no ruinoso, sino en el mejor estado de conservación. Allí se encierran los

ca de algunas leguas de circúito! La gran pirámide de Ménfis es una pequeña urna al lado de aquel peñon monumental, á cuya vista se prosternaban los navegantes, y se empavesaban de luto los navíos. ¡Que construyan otro los arquitectos de la Francia!..... Era preciso ir allí, atravesar los mares, para visitar los restos del Génio del siglo. ¡Bien lo merecía!—Napoleon ya no pertenece á la Francia: le dejaron morir en tierra extranjera. Su tumba, como su génio, era de la Europa, del mundo, de la historia, de la humanidad entera.

Allí estaba bien: allí debe estar. Todavía,—y hace dos años de su traslacion,—no han ideado un monumento digno de su nombre. No le podrán construir, no. No cabe en Paris, en una ciudad habitada, esa sombra más

cuerpos de doscientos Santos monjes mártires, inmolados por los moros en 6 de Agosto de la era de ochocientos setenta y dos.

El Monasterio, edificado en el siglo VI con el nombre de *San Pedro de Cardagna*, y aumentado por la Reina Doña Sancha, fué poblado por el gran Padre San Benito durante su vida, é ilustrado en el siglo IX con aquel célebre martirologio.

Duermen en él diferentes Reyes; Lain Calvo, primer Juez de Castilla, las familias de Fernan-Gonzalez, Diego Lainez y el Cid, y entre esta sus dos hijas, Reinas, Doña Elvira y Doña Sol.

Están tambien los sepulcros del Cid y doña Jimena, ¡pero vacíos!.... Nos consta que la idea constante del ilustre Prelado, que ha sido el ángel conservador de aquel gran monumento nacional, fué siempre la de reclamar los restos mortales del gran Caudillo y de su Esposa, para devolverlos á aquel sitio, donde, por las tradiciones, vivian, aun despues de tantos siglos de muertos, y donde se hallan hoy todavía en cierta manera, á pesar de verlos ausentes y como expatriados.

La circunstancia de hallarse el Cardenal de la Puente en el último extremo de su vida, administrada la Santa Uncion, en los momentos de imprimirse este artículo, nos autorizan á consignar aquí este recuerdo y su piadoso deséo, tan conforme con el del Sr. Pastor Diaz, y que inspiraron á ambos á la par la Religion, la verdadera ilustracion y el amor patrio.

Los que apetezcan mayores noticias sobre San Pedro de Cardaña, glorioso Relicario á un tiempo, y verdadero Panteon nacional, pueden consultar el Apéndice, al final de este artículo.—(Nota del Compilador.)

grande que la Francia actual. Si quieren todavía poseerle los que se llaman herederos de su gloria, conquisten ó compren á Santa Elena, y vuélvale allí, y echen otra vez sobre su frente angusta aquella piedra sin nombre, á cuya sombra se conservaba incorruptible, y aquellos sáuces sagrados, que no crecieron por cierto con las lágrimas de sus Mariscales!

Muévase el mundo cuanto quieran: inventen los hombres medios de acelerar la actividad de un siglo, al cual viene estrecho el tiempo. Centupliquen por medio del vapor la rapidez de la circulacion social; y viva enhorabuena la sociedad moderna esa vida calenturienta que la agita, y que tal vez la consume.

Pero deje siquiera en paz á los muertos, y no turbe con el estrépito de su agitacion convulsiva y desorganizadora, el reposo de los que duermen para siempre. Harto espacio hay erial é inculto, para que los vivos levanten en él sus moradas de un dia. Respeten á lo ménos los rincones donde haya sepulcros, y déjenlos que se cubran de escombros y de ruinas, ántes que edificar sobre ellos establos ó talleres, lupanares ó prefecturas, prisiones ó teatros. La memoria de los muertos pertenece á la posteridad: los monumentos son propiedad de la humanidad entera: la generacion sacrilega que dispone de ellos, comete un atentado. Un gran edificio pertenece á un pueblo: un ilustre sepulcro es de Dios.

Cuando enmedio de este siglo tan vano y presuntuoso, presenciemos el vandalismo de que nos lamentamos ahora, nos acordamos de aquella época, en que la conquista y la conservacion de un Sepulcro Sagrado puso en movimiento toda la Europa, y la arrojó sobre el Asia en busca de aquel tesoro. Con aquel grandioso sentimiento empezó

la civilizacion européa: con él se disipó la barbárie, con él se organizó la sociedad.

Ahora es el sentimiento contrario el que prevalece.—
¿Si será que la civilizacion declina; que la barbárie resuscita; que la sociedad se disuelve?

APÉNDICE.

Para los amantes de la Religion, de las artes y del tesoro de las glorias nacionales, creemos conveniente dar alguna explicacion más detallada del Monasterio de SAN PEDRO DE CARDEÑA, la cual tomamos del *Boletín eclesiástico de Búrgos* de 5 de Mayo de 1864, página 130 del tomo 7.º de aquella interesante publicacion.

Dice así:

«A legua y media del solar en que radica la ciudad de Búrgos, cabeza de Castilla la Vieja en el Reino de España, caminando al Oriente, con alguna declinacion al Mediodía, había por los años de 537 una ermita dedicada á los Apóstoles San Pedro y San Pablo, en la que se veneraba un Santo Crucifijo de mucha devocion; y como á medio tiro de bala de ella, una fuente que hoy se llama *Caradigna*.

El Infante Teodorico, hijo de la Reina Doña Sancha y de su marido Teodorico, Rey de Italia, fatigado un dia de haber andado á caza, despues de haber bebido en dicha fuente, echóse á dormir, y cogido el sueño, despertó acometido de accidentes mortales, que le quitaron luego la vida. Afligida con la inesperada muerte de su hijo, mandó la Reina Sancha se le diese tierra en la ermita de los Santos Apóstoles, comenzando desde luego á fun-

dar en ella un Monasterio de monjes observantes, que le hiciesen compañía y le encomendasen á Dios. Vivía entonces en Italia el gran Patriarca del Monacato en el Occidente, San Benito, cuya santidad y doctrina, con la sumision y aprovechamiento de sus discípulos, eran el pasmo y edificacion de los fieles en toda la Iglesia. La autoridad Real y el poderoso influjo de su marido en aquel Reino, facilitaron á la Reina Sancha traer á España doce monjes educados en la escuela de tan santo, docto y famoso maestro, y plantar con ellos la celestial doctrina de su regla, el año 537, en el Proto-Monasterio Benedictino de España, que estaba edificando ó tenía edificado ya.

Este Monasterio, llamado de SAN PEDRO DE CARADIGNA ó de CARDEÑA, donde tienen distinguida sepultura el Infante Teodorico y la Reina fundadora, su Madre, supo conservar con honor en todo tiempo la observancia monástica, correspondiente á los sólidos cimientos en que la establecieron los discípulos de San Benito. El concepto que formaron de ella una multitud de Reyes, de Condes Soberanos y de insignes varones, que lo eligieron para depósito de sus cadáveres; y la liberalidad con que lo dotaron otros muchos fieles, son (entre otras que se omiten) una prueba demostrativa de esta verdad; pues que unos y otros se esmeraron en honrarlo, movidos de la exacta disciplina regular de sus hijos.

En este Real, ilustre y observantísimo Monasterio habitaban en el siglo IX de la era cristiana doscientos monjes, que, floreciendo con singular santidad de vida, se hallaron todos dignos de ser promovidos por Jesucristo á la corona del martirio. Súbditos del abad Estéban, perennemente ejercitados por este varon santísimo en la palestra espiritual, enseñados á vencer la carne, á despreciar el mundo, y á poner en fuga las potestades del infierno; noticiosos de que tenían sobre sí un ejército de árabes, ministros de Satanás, capitaneados por Zefa, y que venían sedientos de su sangre, no quisieron recibir redencion ninguna, por hallar mejor resurreccion; sinó que unánimes, poderosos con la armadura de Dios, fervorosos en el